

¡Que vienen las alemanas!

Uno de los vicios tradicionales más arraigados entre los españoles es dejar todo para la última hora. Como el niño que da patadas a la lata, los deberes se dejan “para luego”. En nuestros días se ha acuñado incluso un verbo nuevo para designar tan vieja cosa. Se llama “procrastinar”. O sea, del latín *pro*, “hacia adelante” y *cras*, “mañana” (esto se dice aquí solamente para demostrar cultura clásica). Pues bien, el gobierno -sustantivo intemporal- arroja como un padrino caramelos a unos niños que ya son adultos. “Dame votos y llámame electoralista”- dicen sus estrategias. Y, por su parte, la oposición – sustantivo intemporal- exclama furibunda y soliviantada: “¡oportunistas!, ¡fulleros!, ¡ventajistas! ¿Tienen razón los que desean tener las poltronas de los que tienen las poltronas? ¿Están equivocados, envidiosos ellos, con rasgarse las vestiduras y llevarse los diez dedos a la cabeza? A esta cuestión candente – tanto que haría muy bien el lector de protegerse las manos- se pretende dar una, dos, tres respuestas, y cada cual tome la suya.

Cuando el político de turno promete el as de oro y la espada del moro, esa promesa es una carta echada boca abajo sobre la mesa. Una vez en el gobierno, sobre el tapete, ya se verá si el metal dorado aparece en la mina y el pirata con turbante en la costa. Pero a quienes se tilda de electoralistas pagan sus palabras al contado. ¿Ofrecen cosas buenas? Si es así, alabados sean, pues se benefician todos, y estas cosas no dejarán de ser buenas cuando los que quieren las sillas sustituyan a los que ahora las tienen. Una parte del deber cumplido, queda menos para que el país funcione. Engorde nuestro ganado, lo haga Dios o lo haga el diablo. En la vida civil las herencias son ricas golosinas apetitosas

para el paladar. Si no se quieren, como las lentejas, se dejan. Sin embargo, en la política la herencia dejada por los “salientes” se percibe siempre – se quiere hacer percibir- como si fuera tomar vinagre y aceite de ricino juntos aunque sea torta y miel sobre hojuelas. Al enemigo, ni agua. Muchas veces las disputas agrias entre los pretendientes de la cosa pública se funda en el arte sutil de la fiel Penélope: tejer por la mañana y destejer por la noche. Y así, claro, el vestido de la nación no se termina nunca. Andamos con las carreteras desnudas, a medio asfaltar. Por otro lado, ¿ofrecen cosas malas los tahúres en vísperas de pasar por la capilla? Pues si es así ¡qué mejor talón de Aquiles para poner la zancadilla al gobernante! “Nos habíais prometido prometido morcilla y nos dais sangre, sudor y lágrimas”. En realidad, no es buena forma de hacer amigos ofrecer en los últimos minutos del partido: “¡Subimos los impuestos!”, ¡Bajamos los salarios y las pensiones! ”, “¡Reducimos el permiso de paternidad!”. Sería como poner al adversario el pez junto al anzuelo. ¿Y quién es tan tonto?

Ya llegan, ya están aquí. ¡Qué vienen las elecciones! Sí, pero ¡ay qué pena! estas no son las alemanas donde los votantes no atan con longanizas a sus perros, pero tampoco les dejan el hueso de roer para más tarde. A procrastinar, que mañana será otro día.

Pablo Galindo Arlés
7 de mayo de 2019